



Concurso literario infantil  
**MI CAZACUENTO FAVORITO**  
edición 2021

**TEMA**

“Soy valiente, tengo miedo”

**Dirección**

Silvia Badariotti

**Jurado**

Pablo De Santis

María Fernanda Maquieira

Fernanda Ribeiz

**Preselección**

Carolina Castagnola

**Ganadores | menciones | finalistas**



## La oscuridad no me asusta

Juan era un niño que le tenía un poco de miedo a la oscuridad y esa noche, justo esa noche, tuvo más miedo que nunca y se imaginó sombras, fantasmas, monstruos, centauros, y mucho más. La cuestión es que no se podía dormir. Intentó todo: desde taparse todo hasta dormir con la luz prendida, pero todo le daba miedo. Hasta que llegó un punto en el que estaba toda su familia dormida, incluso el perro, y a él le daba más miedo todavía ya que no tenía a nadie a quien pedirle ayuda, hasta que se le ocurrió una idea: fue a buscar una caja en la cocina, agarró sus crayones y empezó a colorearla y luego escribió: caja para guardar miedos. Entonces, dibujó en unas hojas de papel sus miedos y así estaba tranquilo de que todos sus miedos estaban guardados en una caja y no podrían salir.

A la mañana siguiente sus padres se despertaron como siempre, antes que él, fueron a su cuarto, despertaron a Juan y le dijeron:

–Juan despertate, ¿qué hace esa caja que dice que sirve para guardar miedos? Y Juan se despertó. Les respondió:

–Es que a la noche tenía miedo así que dibujé todos mis miedos y los guardé dentro de la caja.

De repente, la noticia recorrió por todo el barrio y todos los chicos del barrio, incluso los adultos, iban a la casa de Juan para guardar sus miedos. El miedo más gracioso fue el del peluquero que dijo que su mayor miedo era que le corten solo un pelito. Y todos dijeron a carcajadas: –No puede ser que ese sea tu miedo–. Y el peluquero les respondió: –Ese es el miedo de un peluquero–.

Pero después el médico dijo: –Mi miedo es que nunca más me saquen sangre–. Y todos dijeron a carcajadas: –No puede ser que ese sea tu miedo–. Y el médico les respondió: –Ese es el miedo de un médico–.

Y después una cocinera gritó: –Mi miedo es que cocinen salsa de tomate sin tomate. Y todos dijeron a carcajadas: –No puede ser que ese sea tu miedo–. Y la cocinera les respondió: –Ese es el miedo de una cocinera–.

Desde ese día, todas las noches que alguien tenía algún miedo lo dibujaba y lo metía en la caja.

**Lucía Posternak**

1er Premio. Categoría Ardillas



## Miedo

El Miedo se levanta a la mañana, toma café con leche y se sienta a ver televisión en su sillón gris. ¡Qué valientes son los héroes! Se atreven a todo. Él, en cambio, teme a todo. Le da miedo la noche. Le da miedo el miedo. Le dan miedo los murciélagos y le da miedo su mamá. Le da miedo resfriarse y la yerba del mate. Pero sobretodo, le tiene miedo a ser valiente. ¿No tienen miedo los valientes cuando enfrentan a monstruos?

El Miedo se levanta de su sillón gris. Como se aburre, hace ejercicio. Pero también se aburre. De aburrirse, el Miedo, teme. Teme al miedo. Tanto teme, que se infla. Como un globo. La diferencia es que para inflarse, no lo tuvieron que soplar. Como siempre, el Miedo se desinfló. Se sentó en su sillón gris. Reflexionó. Respiró hondo. Durmió. Roncó.

Se despertó. Un chispazo. Una idea. Una luz. La lamparita iluminó un ambiente. Lo iluminó por unos segundos. La luz salió volando. Se fue para el otro lado. Pero quedó en la mente del Miedo.

La luz le trajo valentía. Coraje. Ganas de una aventura. El sonido del timbre. Abrió la puerta: ¿Quién es? No era nadie. Solo el viento. Pero el viento no vino solo. El viento lleva. Y trajo: “Somos los organizadores del club de valientes”. ¿Para qué estaban ahí? El Miedo... es el miedo. No puede ser otra cosa. Entonces devuelta la pregunta: ¿para qué estaban ahí? Por la mente del Miedo pasó una idea. Una loca. Una imposible. ¿Una real? Los organizadores, tal vez, estaban ahí para reclutarlo. ¡Qué tonto! Pensar eso.

Sin embargo, los organizadores hicieron verdaderas las ideas del Miedo. ¡Qué suerte! No, ¡qué mala suerte! No sabía cómo sería formar parte de aquel club. Además, ¡las cosas nuevas le daban miedo!

Él sabía que era extraño que lo llamaran para ser parte del club. Por eso no le sorprendió que comentaran que él era su última opción ya que nadie quería unirse. Le explicaron de qué se trataba todo eso: el grupo de personas escogidas por la organización, ayudaría a defender al gobierno y a las personas del peligro.

Cuando se fueron, el Miedo se sentó en su sillón gris. Reflexionó. Respiró hondo. Se durmió. Roncó.

El primer encuentro con los miembros fue una tarde. Una tarde de mañana. Una tarde de noche. Todos los (no tan) valientes participantes del club, se presentaron en una habitación fría. Cómoda. Iluminada. Fresca. Miedo, con corbata, bufanda, traje. Elegante para una fiesta. Un desastre para salvar el mundo.

Miedo tenía miedo. Terror. Pánico. Espanto. ¿Cómo sería salvar al mundo?, ¿qué tendría que hacer?, ¿volar? Miedo tomaba té en una tacita de porcelana. Sentado en un sillón incómodo, en un rincón de la habitación, tomaba a sorbitos el té. Tenía, la vista nublada, perdida, nerviosa, miedo. Miedo tenía miedo. En ese cuarto frío, cómodo, iluminado, fresco, no pasaba nada.

Se abrió la puerta, Miedo se llevó tal sobresalto que salió volando como un globo desinflándose fuera de allí por el miedo que tuvo el pobre Miedo. Qué lástima que nunca se enteró que la persona que abrió la puerta solo entregaba más té. Y ahora, Miedo, sigue acostado en su sillón gris. Reflexionó. Respiró hondo. Se durmió. Roncó.

**Josefina Alberti**

1er Premio. Categoría Zorros



## Todo al revés para que te guste

La primera camiseta de fútbol que tuvo Roberto fue la de Boca. Se la regaló su tío que es fanático. Su estreno en una cancha fue cuando tenía dos años. Pero, cuando aprendió a hablar y le preguntaron de qué club era, dijo: “de River”, solo para molestar. Roberto es de los nenes que cuando tienen frío dice que tiene calor. Cuando quiere compañía, pone cara de enojado y les pide a todos que se vayan. Roberto tiene miedo de que no lo quieran. Entonces pone fondos raros en los Zooms del cole para que todos le pregunten qué puso. Cuenta chistes en el medio de la clase y todos se ríen. Le gusta dibujar en el pizarrón en el recreo, cuando llueve, para que todos hablen de su obra.

Un día hubo un acto en el colegio en el que quería participar. Pero dijo que no aunque tenía muchas ganas. Entonces no actuó y se sintió mal porque nadie lo fue a buscar para que lo hiciera.

Estuvo triste un tiempo.

Juan es uno de sus mejores amigos. Juntos van a jugar al fútbol al club tres veces por semana. Después de la obra del cole, Juan, que sí había participado, empezó a faltar. Tampoco le hablaba a Roberto en el cole.

Un día, en un partido en el patio, Roberto le hizo una falta a Juan. Y él le gritó:

–¡Ehhh! ¿Qué te pasa?

–A vos ¿qué te pasa? No sabés jugar –le contestó Roberto.

–Sí, sé. Por eso no voy más a la escuelita como vos.

Roberto se enojó y se fue.

Pasaron unos días hasta que Juan y Roberto se cruzaron en el pasillo de la escuela. Ahí, Juan se animó. Lo paró a Roberto y le dijo:

–¿Por qué no estuviste en la obra del acto?

Roberto contestó: –No sé.

–Pero ¿querías estar? Yo sí quería que estuvieras vos.

–Y ¿por qué no me pediste que esté?

–Porque vos dijiste que no querías.

–Pero era al revés.

–Entonces –contestó Juan–, cuando quieras algo, pedilo. No hagas todo al revés.

–¿Volvés al club?, preguntó Roberto.

–¡Dale! Si, el miércoles voy.

**Kevens Duer**

1er Premio. Categoría Ciervos



## **Autorretrato**

Cuando Cristina se levantó por la mañana decidió hacer un autorretrato. Como Cristina es artista le iba a servir mucho. Entonces se puso a pintar su cara, su nariz, su mentón, pero no pudo completar los ojos. No sabía por qué, entonces dibujó nuevamente su rostro pero tampoco pudo hacer los ojos, con dolor lo intentó tejiendo, pero no logró hacer los ojos ¿Qué podía hacer? Cuando fue al baño, justo se miró en su espejito ¿Y qué vio? Su cara, su imagen, su cabeza y reconoció y vio sus ojos y ya entendió cómo no podía pintar o dibujar o tejer sus ojos; siempre hay que conocerse mejor.

**Violeta Barragán Hernández**

Mención especial del Jurado. Categoría Zorros



## La increíble niña que tiene un amigo monstruo

Su nombre es Bicho, seguro pensarán que le puse así porque se parecía a un insecto pero no, no es un insecto, es mi amigo monstruo. El día que lo conocí sabía que iba a ser mi mejor amigo, pero hay algo que tengo que hacer para verlo y poder jugar con él, tengo que soñarlo, cada vez que me acuesto, cierro los ojos y me duermo, aparece y jugamos, le cuento historias y nos divertimos mucho. Siempre cenábamos temprano, por eso yo me iba a dormir antes de que me lo ordenaran para que Bicho pudiese jugar conmigo, me dirigía a la cama, cerraba los ojos y esperaba a caer en ese lindo sueño. Un día a la mañana, ya levantada, me agarró mucha tristeza porque tenía demasiadas ganas de verlo de vuelta, entonces me puse a pensar qué podía hacer para estar con Bicho más tiempo, estuve más de media hora pensando hasta que se me ocurrió volver a lo que yo hacía de chiquita: dormir la siesta (aunque ya no me gustaba dormir la siesta, había que intentarlo).

A partir de ese día todo cambió, dormía todas las tardes y cada vez más horas, y cada vez más diversión con Bicho, era tanto el entretenimiento que un día de tantas horas de dormir mi mamá empezó a sospechar que algo raro estaba pasando y cuando ella piensa, no hay forma de pararla, mi madre quería saber qué era lo que ocurría y yo nunca se lo había dicho, tampoco sabía cómo decírselo, hasta que una tarde estaba a punto de irme a dormir y, de repente, apareció mi mamá con cara de preocupada y sin decir nada se dirigió hacia mi cama, se sentó y fue cuando dijo

—¿Qué está pasando?— ese era el momento perfecto para decirle la verdad, así que tomé coraje para perder el miedo a contarle que tenía un nuevo amigo monstruo. Le expliqué cómo se llamaba, qué le gustaba hacer y lo más importante, dónde vivía (como ustedes ya saben vivía en mis sueños, un lugar mágico, donde nada es imposible y todos viven en paz). Al principio mi mamá se quedó muda, luego volvió a la normalidad y con cara más tranquila suspiró y dijo —¡Y por qué no me dijiste antes!— me acuerdo que si una madre te dice eso, te quedás mudo y obedecés inmediatamente. Entre suspiros mi mamá se puso a mirar mi cuarto con la expresión de buscar algo. Miró para un lado y para el otro y de repente se le dibujó una sonrisa, fue rápido por una hoja, lápices de colores, goma, hilo, telas, botones y por último fue a buscar una aguja y con las cosas en la mano me dijo —A ver, hacé el dibujo de cómo te imaginás a Bicho—. Yo rápidamente lo dibujé y mi mamá con la aguja, el hilo y las telas fue armando un muñeco igual a Bicho. Una hora después el peluche ya estaba terminado, era igual a Bicho, lo miré y alegremente dije —Gracias, mamá. Ahora tenía todo el día para compartir con Bicho y ya no tenía que dormir la siesta, aunque de noche siempre lo sigo imaginando, porque mi imaginación nunca se va a acabar.

**Iara Barone Martínez**

Mención especial del Jurado. Categoría Ciervos



## ¿Vos no conocés a Juan?

¿Vos no conocés a Juan? Él es un niño que va a la escuela como vos. ¿Verdad? Bien. Juan es valiente para treparse a los árboles, para andar en bici sin rueditas y para preguntarle cosas a desconocidos.

Pero Juan le tiene miedo a un compañero de su clase que se llama Luis. Luis siempre molesta a Juan. Luis le pateaba la mochila, le dice cosas feas, le pega y muchas pero muchísimas cosas más que no puedo decir porque me va a doler la garganta. Juan lo intentaba mucho. Por ejemplo, le mandó una carta y hasta quiso hacer un trato. Hasta que un día pensó y pensó... Y se le ocurrió una idea. Una de esas increíbles, una mágica! Se le ocurrió que cuando lo molestara, Juan lo ignoraría. "Así, Luis, que moleste a otro, pero a mí no", dijo Juan. Lo hizo un primer día, otro y otro.

Unos meses después... ¡¡¡Luis ya no molesta a Juan!!!! ¡Lo logró! Y Juan es tan valiente que escribió este cuento y te lo trajo a vos. Ahora, ¿conocés a Juan?

**Luciano Ryan Smith**

Finalista. Categoría Ardillas



## Cata y sus amimiedos

Había una vez una nena que se llamaba Catalina. Un día fue a lavarse las manos y vio que la cortina de la bañera se movía y hacía un ruido raro... Así, “Bbbuuuuuuuhhhhhhhh”. Cata se dio cuenta que era el miedo que vivía en el baño. En vez de salir corriendo a buscar a la mamá, decidió hacerse amiga del miedo y le dijo:

–No quiero que me asustes más. ¿Vamos a jugar, Cortín? Hay un miedo que vive debajo de mi cama que te quiero presentar.

–Bueno Cata, pero tenés que ayudarme porque tengo miedo de salir del baño –le contestó Cortín angustiado.

–Sí, dame la mano. Va a ser muy divertido jugar con Sábana. Es un miedo que aparece cuando me voy a dormir y desaparece cuando vienen mamá y papá. Cortín le dio la mano y fueron juntos a la habitación. Cata le pidió a Sábana que le hiciera lugar, y quiso meterse debajo de la cama. Quedó apretujada, toda colorada y con los pies afuera.

–Imposible que entre yo también ahí, mejor hagamos otra cosa –dijo Cortín, que era grandote y le había dado calor.

Costó bastante, pero Cortín los tironeó de los pies hasta que lograron salir, y decidieron ir a jugar con Alturita, el miedo que vivía en el techo de la casa del árbol de Cata. Sábana no estaba muy seguro, decía que se iba a caer y que nunca había salido de su guarida. “Vamos Sábana, ¡nos vamos a divertir un montón!”, lo convencieron.

Salieron al patio y vieron a Alturita que estaba jugando a tirarse de paracaídas desde el techo. Sábana empezó a temblar y a decir que no se animaba porque siempre había vivido en el piso, debajo de la cama. Cata les propuso subir todos juntos y ayudarse, y eso hicieron. Cuando lograron subirse todos al tejado, la mamá de Cata salió al patio y vio a la nena sentada ahí arriba, cosa que nunca hacía porque le daba miedo. Como los adultos no pueden ver a los miedos, la mamá se sorprendió de verla sola y le dijo: –Bien Cata, ¡te animaste!

–Lo superé con mis amigos, mami.

–¿Con tus amigos, hija?

–Sí, ma, me hice amiga de mis miedos y ahora con ellos me animo a todo –y se tiró en el paracaídas hasta el piso.

Cata y la mamá se abrazaron. Así fue como Cata aprendió a ser valiente, no asustarse y en vez de escaparse de los miedos, invitarlos a jugar y hacerse amiga de ellos.

**María Emilia Leanza**

Finalista. Categoría Ardillas



## Evelia soñaba con volar

Había una vez en una casa, una nena llamada Evelia. Ella soñaba con volar. Y como lo sentía muy fuerte, fue a su patio y trató de trepar un pino. Y no pudo. Trató de trepar un algarrobo. Pero tampoco pudo porque tenía espinas. Entonces volvió adentro y siguió pensando.

Después de pensar un rato, tuvo hambre y le pidió a su mamá que le diera la merienda. La mamá le dio chocolatada y ensalada de frutas. Cuando terminó ya se hacía de noche. Y entonces se fue a dormir y soñó con el mismo sueño: Soñó que sus amigos la veían desde abajo y ella volaba y un pajarito se le posó en la espalda. Cuando quiso seguir soñando, la llamó su mamá para que se despierte.

Después, la mamá le preparó el desayuno: jugo de frutillas con un pedazo de torta de ricota que le había hecho su tía. Luego de desayunar, fue al colegio con su papá. Su papá la despidió y Evelia entró al aula. Cuando empezó el recreo, jugó con su amiga Clarita a que eran mariposas. Al terminar la escuela, la llevó su tía a su casa y volvió al patio de su casa. Se hamacó en una hamaca. Cuando se aburrió, fue al tobogán. Después se acordó del mismo sueño. Entonces se subió a un árbol. Y esta vez sí pudo treparlo, porque ese árbol tenía muchas ramas. Al llegar a la punta, llamó a los pajaritos. Los pajaritos vinieron y ella les preguntó, cómo hacía para volar. Los pájaros extendieron sus alas y se pararon en su nido y se pusieron en la punta del árbol y le mostraron a Evelia como se volaba subiendo y bajando sus alas en el aire.

Cuando los pájaros ya estaban muy lejos, ella lo quiso probar, pero no se animó. Tuvo miedo. Entonces se bajó del árbol y volvió de nuevo adentro. Adentro regó sus plantas. Primero la rosa blanca que estaba adelante, al lado de la puerta, después regó su clavel que estaba a la izquierda. Luego de regar el clavel, regó su tulipán negro. Cuando terminó de regar todas sus plantas le dijo a su mamá si podía regar las suyas. Su mamá le dijo que sí. Regó primero la planta de su mamá que era una planta de frutilla, luego un malvón blanco y al final una rosa roja. Cuando terminó de regar todas las plantas de su mamá y las de ella, jugó con su perro a tirarle la pelota y que se la devuelva. Quiso seguir jugando, pero la mamá la llamó para el almuerzo. Comieron: Empanadas de carne y tomaron agua. Cuando terminó de comer, la mamá le dijo que podía ir una última vez al patio.

Como era la última vez, fue al patio, se subió al mismo árbol que tenía muchas ramas, extendió sus brazos como le habían enseñado los pájaros y los subió y bajó por el aire. Ahora se había dado cuenta que su sueño se había cumplido y volaba sobre la calle. Los nenes de su aula la veían desde abajo. Después se dio cuenta que ya estaba en otro pueblo y que había pasado mucho tiempo. Se había dormido en el aire. Cuando su mamá se despertó de la siesta y vio la cama de Evelia, se dio cuenta de que no estaba en su cama. Entonces fue al patio. Tampoco estaba. Agarró su auto de color rojo y pasó por todo el pueblo. Llegó a otro pueblo. Luego escuchó un silbido. Pensó que era un pájaro, pero cuando asomó la cabeza hacia arriba, vio que Evelia sabía volar.

**Flora Elvira Seiterich**

Finalista. Categoría Ardillas



## Guilda y su miedo

Una mañana muy calurosa, la bruja Guilda estaba practicando sus hechizos para hacer las galletas favoritas de sus amigas. Eran unas galletas de dulce de leche y chispas de corazones de frutilla y menta que cuando las comían no paraban de reír. Reían tanto, pero tanto, que lloraban de risa.

Esa mañana Guilda se despertó muy temprano, a las 6 y media, se preparó su desayuno: una tostada con queso y un capuchino con mucha azúcar (porque Guilda era una bruja “muy dulcera”). Después se fue a bañar y se vistió con su vestido de lentejuelas verdes, negras y violetas (que eran sus colores preferidos) que le llegaba hasta los pies; se peinó con mucho cuidado para que le quedara un rodete de “bailarina” (porque Guilda era una bruja muy coqueta que le encantaba bailar todo el día) y terminó su hechizo. Y fue, en ese momento, que sucedió algo tremendo, tremendísimo. Algo que nadie pero nadie podía imaginar: las galletas salieron del horno con vida, tenían ojos y patas largas... ¡parecían arañas gigantes que la querían devorar!

–Ay, ay, ay, gritó asustadísima Guilda que las miraba de reojo, casi sin pestañar, sus manos le temblaban como si fueran escarabajos inquietos y salió corriendo lo más rápido que pudo hasta que se desmayó del susto. (Es que era una bruja muy valiente pero tenía mucho miedo a las arañas).

Sus amigas, la bruja Hermelinda y la bruja Winnie, siempre le decían que no tenía que tener nada, pero nada, de miedo (por ser una bruja, lógico) pero Guilda les explicaba que sentía miedo como cualquier ser humano. Pero las amigas no creían que tuviera miedo hasta que esa mañana la encontraron desmayada en el jardín de su casa. Trataron de despertarla con pociones mágicas y –después de tantos hechizos– Guilda abrió los ojos y les dijo: ¡vieron que tengo mucho pero mucho, muchísimo miedo a esas “gigantes arañas”. Las amigas la miraron y le dijeron al mismo tiempo:

–Ay mi querida! Pero una bruja con miedo a las arañas ¿qué bruja es?... esto no está nada bien!! –Pero... –dijo Guilda con una voccecita temblorosa– yo además de ser una bruja soy un ser vivo y tengo derecho a tener miedo como cualquier persona.

–Mmmm... bueno, bueno, tenés razón Guilda –le contestaron Hermelinda y Winnie– te vamos a llevar a nuestra antigua casa y probar hechizos a ver si esos miedos se te van! Cuando llegaron a la casa, Guilda se quedó paralizada al lado de la puerta al ver ocho arañas bajando por una telaraña que estaba en la cerradura de la puerta. Guilda parecía una estatua de un Museo de Arte y, de repente, cerró sus ojos y gritó muy fuerte: –¡Ya no más! (se hizo un silencio y abrió sus ojos) ¡voy a vencer el miedo que tengo a las arañas!, las miró y las ocho arañas también la miraron y en voz muy bajita le dijeron: –no, no, por favor, no nos mates!, tenemos derecho a vivir en nuestras telarañas. Guilda asombrada no podía creer que esas arañas hablaran pero... ¿eran unas arañas mágicas? Ahí nomás, la bruja miedosa escuchó latir muy fuerte a su corazón (mientras sus amigas miraban con asombro lo que pasaba), se acercó despacito a las ocho arañas y les dijo: –creo que son muy tiernas... ¿quieren ser mis mascotas?, las arañas contestaron: –siiiii... ¡cómo no! Entonces, para celebrar que ya no tenía miedo a las arañas, invitó a sus amigas y, claro, a sus nuevas mascotas, a una fiesta de brujas y arañas.

**Julieta González Otero** | Finalista. Categoría Ardillas



## Soy valiente, pero a veces tengo miedo

Siempre me pregunto por qué a menudo soy valiente y en ocasiones tengo miedo. Ah, no me presenté, soy Juana y tengo ocho años.

Me gustan las aventuras, como ir a explorar la selva y ver animales salvajes. En eso soy muy valiente.

También tengo valentía para cantar y tocar la guitarra ante el público, para llegar al fondo de una piscina y quedarme un rato manteniendo la respiración.

El mar me atrae y no tengo miedo de nadar hasta lejos de la orilla. Si mi hermana menor corre peligro de ahogarse, soy capaz de meterme a salvarla, aunque tenga ropa puesta. Puedo leer cuentos en un teatro repleto de público.

Otra muestra de valentía es que puedo aguantar los caprichos de mis hermanas. Somos tres y yo soy la del medio.

Y lo más importante, tengo el coraje de contar mis miedos. Se los transmito a mi familia y a mis amigas.

Pero también tengo miedos y a veces me inundan de angustia.

Tengo miedo de que la pandemia del COVID-19 y la cuarentena no terminen nunca. Cuando era chica tenía pánico de que viniera alguien a la noche y me llevara adentro de una bolsa.

También, cuando era muy pequeña, temía que mi casa se incendiara y que nos quedáramos sin nada y nos viéramos obligados a vivir en la calle y a pedir limosna. En esa misma época tenía miedo de que mi hermanita y yo nos perdiéramos en la calle, y que mis padres no nos encontraran nunca.

Mi abuelo Martín está en Francia visitando a su hija, que es mi tía, y a sus nietos. Ahora no puede volver y tiemblo al pensar que no va a poder regresar.

Pero lo más importante es el miedo que siento de no poder cumplir mis sueños: ser una gran escritora, disc-jockey (DJ), cantante y una excelente pintora.

No sé si lograré alcanzar mis fantasías, creo que son demasiadas, pero no podría decidirme por elegir alguna.

Quiero ser más valiente para luchar por mis sueños.

**Juana Delucchi**

Finalista. Categoría Ardillas



## Carcajadas de miedo

Soy Antonella y hoy les voy a relatar una anécdota muy graciosa, les cuento que siempre les temí a las arañas, no me gusta su aspecto, odio sus largas y peludas patas, sus grandes ojos, cada vez que las miro me paraliza y el corazón me late tan fuerte que lo pueden escuchar las personas que me rodean. No importa su tamaño, hasta la arañita más chiquita me provoca temor.

En mi cumpleaños número diez les pedí a mis papás hacer una pijamada en casa junto a mi mejor amiga llamada Emilia.

Cuando llegó mi amiga preparamos pochoclos y vimos la saga completa de nuestro mago favorito, nos encanta ver las películas porque somos fans del mundo mágico. Luego jugamos a una guerra de almohadas, grabamos videos de nuestras coreografías inventadas en el colegio, compramos helado, jugamos en la cama saltarina e hicimos slimes de diferentes colores.

Cuando eran aproximadamente las cuatro de la madrugada mi papá nos dijo que era la hora de dormir ya que al otro día teníamos que hacer tareas para la escuela. En ese momento se cortó la luz. Mi mamá intentó abrir la puerta para ver si el corte era general, pero no pudo, estábamos encerrados. La lámpara del comedor que colgaba del techo se comenzó a mover lentamente con un ruido muy chilloso, las ventanas bajaron sus cortinas de repente.

Emilia y yo pudimos oír un escalofriante ruido, como un vaso de vidrio que parecía romperse y cuando fuimos a la cocina nos encontramos con muchísimas arañas de diferentes tamaños, todas negras y muy peludas. Era terrible ver todas esas arañas que caminaban por el piso, las paredes y el techo, salían de la pileta, de la cocina y de las ollas, recubrían el lugar como una espeluznante alfombra.

Tenía tanto miedo que no podía moverme ni hablar, solo escuchaba los gritos de Emilia que lo hacía de una forma muy graciosa, tan graciosa que empecé a reírme a carcajadas, más fuerte que ella. Recordé la clase de música de la Señora Graciela y comencé a tocar con una cuchara las ollas, los vasos, las sartenes y en unos segundos estaba tocando en una baticina con mucho ritmo.

Tanto disfrutaba tocar mi instrumento musical que me había relajado, sin darme cuenta que las arañas en fila salían de la cocina hacia el jardín, de menor a mayor, así que continué tocando. No sé realmente si las arañas se fueron porque nos les gustaba mi música, por los gritos de Emilia o porque se dieron cuenta que ya no eran tan temibles para mí.

La historia no terminó aquí, porque cuando la luz volvió, Emilia estaba muy afónica, mi papá haciendo el reclamo a la empresa de electricidad y mi mamá felicitándome porque era la primera vez que me enfrentaba a las arañas. En ese momento me sentí poderosa y muy pero muy feliz, había enfrentado a mi mayor temor.

**Antonella Belén Rovere**

Finalista. Categoría Zorros



## El bebé y el zorro

Había una vez un bebé que deseaba tener un amiguito. Se llamaba Pipo y cuando tenía miedo, se hacía mucho pis.

Pipo había viajado desde la fría Groenlandia al cálido Antiguo Egipto buscando amigos y ahora había llegado a un bosque que le daba un poco de miedo.

“¡Zzzrr!!” se escuchó cerca de unas piedras.

–¡Bua, bua! ¡Tengo miedo! ¿Me acerco... o mejor no? –decía Pipo.

Finalmente Pipo decidió ir, pero protegido: se hizo un escudo de cartón y un casco de baba.

“¡¡¡AHHHHH!!!” se asustó Pipo al confundir una roca con un lobo. El pequeñín de Pipo se fue nadando como trompada de loco de vuelta a Groenlandia del susto. “¡Qué cosa que soy! Mejor vuelvo...” pensó Pipo mientras derramaba las primeras gotitas de pis: viajó otra vez desde la fría Groenlandia, al cálido Antiguo Egipto y volvió al bosque. Entonces se acercó de nuevo al lugar de donde venía ese sonido, pero se distrajo persiguiendo a una mariposa y luego lo picó una abejita. Pipo se asustó y se fue al instante a la fría Groenlandia.

–¡¿Por qué me cuesta tanto ser valiente?! –se preguntaba Pipo.

Entonces, otra vez, decidió volver y viajó desde la fría... bueno, ya saben. El pequeñín de Pipo se acercó nuevamente hacia las piedras donde escuchó ese sonido tan misterioso (y con mucho esfuerzo porque había una piedra enorme en medio del camino). Allí vio algo muy tierno y pequeñito: un zorrillo bebé que lloraba. –¡Cómo quisiera tener un amigo! –decía el zorrillo

Pipo no tuvo más miedo y le dijo:

–Hola, me llamo Pipo y me gustaría ser tu amigo.

El zorrillo se dio vuelta y le dijo feliz:

–¡Gracias! Yo me llamo Zorrín. Vamos con mi mamá. Podemos vivir juntos... Entonces Pipo aprendió a ser valiente teniendo miedo y se fue con Zorrín. La mamá zorro les preparó a los dos un rico pastel y colorín colorado, este cuento, se ha acabado.

**Mara Chavez Boassi**

Finalista. Categoría Zorros



## El sheriff ¿miedoso?

Había una vez un lugar muy hermoso, lleno de flores y.... ¡¡paren, paren, paren!! Como que esto es muy obvio ¿o no? Mejor les contaré mi historia.

Yo un día estaba muy tranquilo sentado en un árbol. Pero vi un señor que necesitaba mucha ayuda con las bolsas de las compras, y fui a ayudarlo inmediatamente. Ese mismo día tuve la idea de convertirme en el sheriff del pueblo. Puse carteles de anuncio para dar la noticia, y me fui a cambiar la ropa.

–Me parece que estoy listo... creo... –me dije dudoso–. Tengo mis botas, mi sombrero, mi chaqueta y mi estrella de sheriff.

Pero en ese momento me di cuenta de que me faltaba mi caballo. Corrí y no me daban las piernas para ir al establo a buscar un corcel. Elegí uno negro con manchas blancas, y pelo muy largo. ¡Ese caballo era muy fuerte y rápido!

Cuando llegué me subí, pero... desde ahí arriba tenía mucho, mucho, mucho vértigo. Me bajé y no quise saber nada de montarme otra vez. En ese momento me di cuenta de que tenía miedo.

–¿Un sheriff con miedo? Eso no se puede. –Me dije– Bueno, tengo que buscar la manera de aprender a galopar, para ser el sheriff más valiente.

Y lo volví a intentar. Me monté y me agarré de un caño que había en la pared, porque tenía miedo de caerme. Cuando di el grito ¡Arre! El animal salió corriendo y me caí. Mi caballo se había escapado ¿cómo voy a ser un sheriff sin saber cabalgar? Volví al establo y agarré otro caballo, –¿A ver si con este caballo puedo?– Me pregunté. Bueno, que puedo decir, me subí, pero del miedo me quedé paralizado, pero tan, tan, paralizado que ni pestañaba. Ya un rato después me bajé y lo devolví –Yo con estos animales tan altos no puedo.

Tuve que reconocer que tenía miedo. Mi miedo era muy grande. Ya una vez rendido, renunciando a mi sueño de ser sheriff, fui a la ciudad y saqué todos los anuncios que había puesto. Toda la gente se preguntaba por qué estaba tan desanimado y me preguntaron qué me pasaba. Les dije que tenía miedo de galopar en un caballo. La gente me respondió que era muy valiente por poder contar mis miedos.

–¡A pesar de tener miedo soy valiente! ¡Si soy valiente tengo oportunidades de volver a ser un sheriff! –Me dije animado–. Volví al establo por otra oportunidad, y en el camino me encontré un pony. Intenté subirme y vi que no tuve miedo. Unos días después aprendí a galopar y desde ese día fui el sheriff del pueblo.

–¡Arre mi pony!

**Lautaro José Cuervo**

Finalista. Categoría Zorros



## Una noche tormentosa

*Hola, mi nombre es Francesca y me dicen “Franchu” o “Franché”. Siempre he sido una niña valiente, sin miedos, al menos durante el día..., pero en la noche me dan hasta escalofríos! Mis mayores temores son las arañas, la oscuridad y quedarme sola, por eso les vengo a contar esta historia de una noche escalofriante...!*

Yo vivo en el campo, hay montón de verdes ¡de muchos tonos!, aire puro, animales silvestres e insectos de todo tipo. Un día en vacaciones que vinieron mis primas a dormir... justo se cortó la luz! En mi casa las tormentas son impresionantes, truenos y rayos por todos lados, las hojas secas vuelan sin parar, caen ramas y la oscuridad es infinita. Justamente esa noche la naturaleza nos jugó una mala pasada. Mis primas estaban durmiendo en la pieza de al lado. Cuando por fin me armo de valor para salir de la habitación... veo una araña (hay que tener mala suerte! –me dije a mi misma). Me asusté muchísimo pero seguí caminando en silencio, no la maté porque no mato bichos sin razón. Superé mis tres miedos en una noche y fue de ensueño! Supe entonces que ya no iba a tener más esos miedos. Encontré a mis primas y nos quedamos despiertas hasta caer rendidas. Al día siguiente, les conté la hazaña tormentosa a mis papas y me felicitaron por tanta valentía! Desde entonces, me siento más valiente y mucho más fuerte. Aunque nadie se va a enterar si, a veces, me da solo un poquitito chiquitito de miedo.

**Francesca Tiara Ríos Riviere**  
Finalista. Categoría Zorros



## El miedo no me asusta

Un aula verde, vacía y limpia, a las 8:15 AM. El sonido de un timbre marrón y oxidado obligó a los alumnos a entrar al aula transpirados por jugar al fútbol, se sentaron en las sillas y esperaron a que la profesora llegara. Pero algo imprevisto ocurrió, la maestra no llegaba, los minutos del reloj colgado en la pared pasaban y pasaban, pero la profesora no llegaba. Justo cuando los compañeros sudorosos del grado iban a pararse y a reclamarle a la directora, la profesora llegó. La maestra era delgada, tenía el pelo castaño y con un rodete, estaba un poco despeinada, tenía una carpeta en la mano y en la otra una manzana. Tiró la carpeta al banco, exhausta por el viaje, agarró un marcador negro de su guardapolvo y en el pizarrón escribió: “el miedo”.

–Ok, quién puede explicarme qué es esto –dijo señalando lo que había escrito–. Ninguna mano de las 23 personas que se encontraban allí estaba levantada, por lo cual la maestra decidió nombrar a alguien, y ese alguien fue...

–Lucía? –propuso la maestra– Lucía, podrías contestar?

Lucía, una alumna no muy aplicada, despertó de su siesta, levanto la cabeza, separó sus parpados uno del otro y aún cansada y con lagañas en los ojos dijo: –Eh, eh, qué pasó? –desconcentrada.

–Qué es el miedo, explícanos –Repitió con un tono fuerte y humillante hacía la chica. –Es algo fácil, es el sentir desconfianza sobre algo. Atrayendo pensamientos que impulsarán fatales ideas en tu cabeza, es inseguridad, angustia, todos lo toman como si eso fuese malo. Y aunque te impide un montón de cosas, si lo pensás bien, te defiende, te ayuda, te protege de lo que podría pasarte, te prepara. Es una defensa que tenemos, que nos ayuda a estar listos hacia lo que podríamos enfrentarnos, es algo interesante, supongo, pero algo importante es que no hay que temerle al miedo –contestó fácilmente. Todos sus compañeros, boquiabiertos, miraron a Lucía, al parecer ella había encontrado algo bueno del miedo.

Y aprendieron que tener miedo no significa ser cobarde, cobarde es no enfrentar ese miedo. Lucía, segura que contestó bien, se levantó y le sacó el marcador a la profesora, en el pizarrón, escribió “Soy valiente, y sí, tengo miedo”.

**Jana Jamilis**

Finalista. Categoría Ciervos



## James Wagner y el caso de la mansión abandonada

Hola yo soy James, un detective que no le tiene miedo a nada... bueno en realidad que no le tenía miedo a nada.

Hace poco me designaron un caso en una mansión que años atrás había sido abandonada, pensé que sería un caso fácil, yo pensé "solo buscar documentos en una casa, es pan comido", pero no fue exactamente eso.

Era el primer día que empezaba a resolver el caso era mi cumpleaños, yo fui en mi auto hasta la mansión, me costó entrar ya que no tenía la llave de la reja, pero apenas estuve adentro empecé a averiguar y tratar de buscar los documentos sobre las personas que habitaron la casa, ya que supuestamente se descubrió que ellos eran asesinos y que también tenían una guarida secreta en aquella casa.

Mientras yo investigaba sentí algo bajo mis pies, sentí una puerta secreta abajo mío, con mi cuchillo traté de abrirla, funcionó pero no del todo así que con un poco de fuerza logré abrirla. Llegué a una habitación extraña llena de papeles tirados y máquinas. En ese lugar no me sentía seguro, me sentía observado, sentí mucho miedo, y tenía razón, apenas agarré un papel, siete hombres enmascarados y armados me apuntaron la cabeza con sus armas, estuvimos en silencio un rato y luego me dijeron "sorpresa", se sacaron las mascararas y eran mis amigos que, como regalo de cumpleaños, habían comprado esta mansión, –y el caso?– pregunté yo, y uno de mis amigos responde –es un caso falso que creamos para poder sorprenderte y asustarte, ya que nunca te asustan nuestras bromas–, nos empezamos todos a reír, en especial yo, que nunca me asusto y me llamaban "valiente James", que ese día me convertí en "asustadizo James".

**Santiago Guevara Krieger**

Finalista. Categoría Ciervos



## La solución de Martín

Cuando era chica, me encontré con un libro que, por su aspecto, parecía antiguo. Narraba las aventuras de personas que eran valientes. Tenían todas el mismo aspecto físico: altos, musculosos y no les asustaba nada. Entonces pensé: ¿Las personas que no tuvieran esas características no pueden ser valientes? Me dije a mi misma que eso era una tontería! Entonces, escribí una historia con un personaje que no era como todos.

Todos los hijos del señor y señora Tulop eran respetados en Calum. Eso se debía a que habían ganado una carrera muy importante en el pueblo. Se la conocía como “Cuesta Arriba”, porque el ganador tenía que llegar hasta la montaña más alta del circuito, pasando por dificultades extremas a lo largo del camino.

Los Tulop siempre habían ganado por su valentía para enfrentar tales dificultades y distancias extremas. Y claro, todos esperaban que el último hijo fuera igual. Pero, para empezar, por su aspecto físico no parecía pertenecer a la familia Tulop: era bajo, flaco, y se rumoreaba que si el pequeño Tulop llegaba a ver una araña se desmayaba patas arriba (aunque nunca nadie lo había probado).

Martín siempre actuaba como todos sus hermanos, se lo veía entrenando literalmente todos los días, era amable y según lo que los vecinos creían, estaba listo para competir. Suele decirse que las apariencias engañan y esta vez no era una excepción: Martín estaba con miedo. Él tenía la obligación de actuar como valiente para no decepcionar a su familia, pero él tenía miedo... ¿Cómo alguien como él podría ganar? ¿Estaba bien que sienta miedo, aún viniendo de una familia valiente? dudaba y dudaba y no estaba completamente seguro de querer competir.

El 21 de septiembre, día de la competencia, todos los participantes estaban listos. Todos, menos Martín. Nadie lo había visto, nadie sabía dónde estaba. Había desaparecido. La familia, preocupada y nerviosa, pidió a los organizadores retrasar la competencia unos minutos. Mientras tanto, todo el pueblo seguía preocupado por el pequeño Tulop; ¿Dónde estaría, y por qué habría escapado?

Nadie nunca se imaginaba que Martín estaba lejos, en un arbolito con vista a una gran pradera, que era el fin de Calum. Con él llevó un pequeño libro llamado “El hombrecito astronauta”. Narraba la historia de un niño que amaba las estrellas, y que como quería hacerse amigo de ellas, se convirtió en astronauta. Al leer, Martín sintió como la tranquilidad se apoderaba de él. Se olvidaba de la competencia, ya no sentía la obligación de ser como sus hermanos. Y ahí se dio cuenta, ¡los libros lo tranquilizaban! Si mantenía esa tranquilidad, sentía que podría ganar en la carrera.

Rápidamente corrió hacia Calum, donde se escuchaba “Martin volvió!” “El Tulop volvió!”. Evitó cualquier tipo de preguntas y se preparó para la gran carrera. Martín ganó de punta a punta. Y desde ese día, cada vez que tenía miedo, recurre a su salvación: Los libros.

**Julia Oliveira**

Finalista. Categoría Ciervos



## Miedo y valentía mis amigos

Desde chica tengo un amigo, no se lo puede ver ni escuchar, pero siempre me acompaña se le hace llamar como Miedo y mi otra amiga, Valentía, son completamente diferentes pero nos amamos, siempre estoy con él, es un buen amigo, te dice cuando algunas cosas son peligrosas.

O no vale la pena hacerlas y te protege, pero a veces es molesto y no nos deja hacer cosas que queremos hacer como treparnos a un árbol o hacer nuevos amigos y es ahí cuando podemos escucharlo, es una vocecita que nos dice a la oreja “no lo puedes hacer” o “no lo hagas”, es realmente molesto. Hay que saber decirle que no y llamar a nuestra amiga, yo la llamo Valentía cuando Miedo es molesto y te dice cosas feas, ella te dice todo lo contrario, tiene una voz fuerte y decidida y te habla en la oreja diciéndote “vamos, tu sí puedes”, es muy buena, es mejor amiga mía y de Miedo. Cuando está Valentía, Miedo no es molesto y puedo estar tranquila con, Miedo y Valentía.

*Quiero decir que nunca escribí un libro para un concurso, pero desde chica escribía historias sobre mis sentimientos y sobretodo el miedo, era una niña muy miedosa y recién ahora a los 12 estoy aprendiendo a controlarlos, muchísimas gracias por la oportunidad de participar, me encantaría a esta historia hacerle una ilustración pero igual me gusta que los niños imaginen cómo es su miedo y cómo se ven ellos afectados por éste. bayy*

**Ema Abarzua**

Finalista. Categoría Ciervos



Nos acompañan

